

# SOS HIMA LAYA

R E L A T O S  
S O L I D A R I O S

Felipe Uriarte  
Silvia Vidal  
Juanito Oiarzabal  
Nives Meroi  
Josu Bereziartua  
Óscar Gogorza  
María Climent  
Xavier Arias

Chus Lago  
Alex Txikon  
Alberto Iñurrategi  
Ramón Portilla  
Koldo Aldaz  
Jordi Pons  
Òscar Cadiach  
Sebastián Álvaro

Gregorio Ariz  
Jordi Corominas  
Juanra Madariaga  
Julio Villar  
Iker Pou  
Eneko Pou  
Juanjo San Sebastián  
Carlos Pauner

Mikel Zabalza  
Jordi Tosas  
Kike de Pablo  
Josep M. Anglada  
Edurne Pasaban  
Carlos Suarez  
Araceli Segarra  
Kilian Jornet



Stupa budista del monasterio Tengboche y la cima del Everest al fondo.

## Índice

PRESENTACIÓN	por Juan Manuel Sotillos.....	6
LA IMPORTANCIA DE LOS PROYECTOS SOLIDARIOS CON NEPAL	por Sherpa Pasang.....	8
EL LEGADO DE IÑAKI EN LA VIDA DE UN SHERPA Y MUCHO MÁS	por Mingma Dorjee Sherpa.....	10
PROYECTO DE HOSPITAL EN MAKALU	.....	14
RELATOS	.....	20
SHERPA	por Felipe Uriarte.....	20
IMAGEN	por Silvia Vidal.....	30
ALPINISMO EN TIERRAS DEL ISLAM	por Kiko Betelu.....	34
LA MONTAÑA PARA MÍ	por Nives Meroi.....	45
EL COMIENZO DE UNA NUEVA ERA ESPERANZADORA	por Josu Bereziartua.....	48
MI HIMALAYA	por Óscar Gogorza.....	56
LO VERDADERAMENTE IMPORTANTE	por María Climent.....	68
UNA JOYA ESCONDIDA	por Xavier Arias.....	76
EL PRECIO DE UN SUEÑO ANNAPURNA 1991	por Chus Lago.....	80
INVERNAL ALNANGA PARBAT	por Alex Txikon.....	95
PUMORI GRANDE, LEJANO, DIFÍCIL	por Alberto Iñurrategi.....	99
SHIVLING	por Ramón Portilla.....	103
LA MONTAÑA PERFECTA MAKALU 88	por Koldo Aldaz.....	108
NEPAL Y SUS MONTAÑAS: EL PASO DE LOS AÑOS	por Jordi Pons.....	117
MAS ALLÁ DEL KUMBAKHARNA	por Óscar Cadiach i Puig.....	121
AQUEL VERANO DEL 86	por Sebastián Álvaro.....	125
MIS ENCUENTROS CON EL TÍBET	por Gregorio Ariz.....	138
UTOPIA	por Jordi Corominas.....	145
NOTAS DE DIARIO. EXPEDICIÓN SHISHA PANGMA	por Juanra Madariaga.....	150
SILENCIO	por Julio Villar.....	156
UN BONITO INTENTO DE APERTURA AL BAGHIRATHI II	por Iker y Eneko Pou.....	160
LA VIEJA SIRENA, DE JOSÉ LUIS SAMPEDRO, Y LO QUE YA NUNCA PODRÉ HACER	por Juanjo San Sebastián.....	164
KANGCHENJUNGA	por Carlos Pauner.....	167
HUIR HACIA ADELANTE	por Mikel Zabalza.....	175
HIMALAYAN ENTROPY	por Jordi Tosas.....	179
HIMALAYA (Y KARAKÓRUM), VIVENCIAS	por Kike de Pablo.....	184
DE LOS ANDES AL ANNAPURNA	por Josep Manuel Anglada.....	188
CRÓNICAS DEL ANNAPURNA	por Edurne Pasaban.....	194
SALTO BASE EN EL LAILA PEAK	por Carlos Suárez.....	205
PERSPECTIVA	por Araceli Segarra.....	210
SOLIDARIOS CON NEPAL TRAS EL TERREMOTO	por Kilian Jornet.....	212

# PRESENTACIÓN

por **Juan Manuel Sotillos**

Periodista especializado en montaña, viajes y aventura

## ESKERRIK ASKO, GRACIAS, GRÀCIES, GRAZAS, GRAZIE, DHANYABAD

**N**i mucho menos he ido tantas veces como la gente que a partir de ahora vas a leer si continúas haciéndolo en los siguientes capítulos, porque todos han estado en numerosas ocasiones en el Himalaya. Pero desde la primera vez que estuve en Nepal, allá por 1989, fue suficiente para darme cuenta de ese nexo de unión que notas cuando ves que algo te encandila. A mí, ese año que intentábamos el Peak 43, el Himalaya me atrapó. Sabía que iba a volver. Y así fue. Con el paso de los años regresé en tres ocasiones más a Nepal, si bien había tocado también los “otros Himalayas” de Myanmar, de Bhután... la penúltima en 2013 y regresé a Nepal después del terremoto. No sé... cuando ocurrió lo de aquél fatídico 25 de abril de 2015, empecé mi cabeza a darle vueltas a la idea de que tenía que ir allí. No sé a qué exactamente. Pero había sentido la llamada del Himalaya. Hacía año y medio que había estado la vez anterior y quería ver cómo estaba aquello, cómo podría ayudar.

A través de mi amigo Alex Txikon, con la desinteresada y solidaria colaboración de un montón de amigos y compañeros de trabajo recogí material y dinero. El propio Alex me puso en contacto con María Climent, responsable de la ONG SOS Himalaya, la fundación de Iñaki Ochoa de Olza –fallecido en el Annapurna precisamente hace ahora diez años, el 23 de mayo de 2008-, y motivo de este libro que tienes en tus manos, y decidí que esas aportaciones solidarias irían a la fundación del amigo Iñaki.

Con parte de ese dinero que recaudamos fue posible fletar un helicóptero para atender a las gentes de los pueblos y aldeas más abandonados, a los que la “ayuda legal” no llegaba. A partir de ese viaje, donde pude contemplar el desastre del terremoto de Nepal, realicé la película *Nepal te necesita* que tuve ocasión de proyectar en el Aquarium donostiarra con la implicación de la gente que allí trabaja; con la colaboración del club Vasco de Camping Elkartea y El Diario Vasco, así como Grupo Delta, lo que nos permitió vender unos calendarios de Nepal; también los que había hecho los amigos de Legazpi Inprimategia y una mochila de Promociones Haizea. De todo aquello salieron unos miles de euros que pude donar a SOS Himalaya. Y después vendría el Festival de Navidad de Súper Amara, que dedicó los beneficios del mismo, también varios miles de euros, a la causa de Iñaki.

Desde entonces, si ya estaba unido a aquellas montañas con sus pueblos y gentes que las albergan, ahora aún más, con la firme promesa de volver a aquellas tierras. Seguro, volveré...

Así que no lo dudé cuando desde SUA Edizioak me dijeron que querían hacer este libro con textos de diferentes autores y me pidieron mi colaboración en forma de coordinador para hacer converger todos estos artículos en esta publicación que tienes en tus manos, con la ayuda de Txusma Pérez Azaceta, que forma parte de la mencionada editorial vizcaína. Era otra manera de colaborar con SOS Himalaya y, por ende, con las gentes del Himalaya.

Ha sido laborioso juntar a todos estos autores-alpinistas, o viceversa, en un solo libro. No voy a negarlo, no ha sido fácil, pero ninguna montaña lo es. Y esto me lo planteé como subir a una de esas mágicas cimas del Himalaya. Fue poco a poco, hablando con unos, escribiendo a otros; así logramos juntar a un importante elenco de alpinistas que altruistamente han querido colaborar con la causa. Y no es fácil porque también tienen derecho a percibir su nómina por trabajar, pero cuando les comentaba que los beneficios del libro iban a parar a SOS Himalaya, la fundación de Iñaki Ochoa de Olza, se prestaron a ello. Todos conocían a Iñaki y todos han querido estar en este libro que, precisamente, conmemora el décimo aniversario de la muerte de nuestro común amigo Iñaki en el Annapurna. Fue el 23 de mayo de 2008.

Y todos estos colaboradores han querido acudir a la cita en forma escrita dejando constancia de esas sensaciones que da a cada uno el Himalaya, percibiéndolas de diferentes maneras y que, a través de sus palabras, nos transmiten ahora en este gran libro.

Gracias por ello pues a Koldo Aldaz, Sebastián Álvaro, Josep Manuel Anglada, Xavi Arias, Gregorio Ariz, Josu Bereziartua, Òscar Cadiach, Jordi Corominas, Kike de Pablo, Óscar Gogorza, Alberto Iñurrategi, Kilian Jornet, Chus Lago, Juanrra Madariaga, Nives Meroi, Juanito Oiarzabal, Edurne Pasaban, Carlos Pauner, Jordi Pons, Ramón Portilla, los hermanos Eneko e Iker Pou, Juanjo San Sebastián, Araceli Segarra, Carlos Suarez, Jordi Tosas, Alex Txikon, Felipe Uriarte, Silvia Vidal, Julio Villar y Mikel Zabalza. Todos ellos alpinistas de reconocido prestigio internacional que han estado innumerables ocasiones en el Himalaya; de ello nos hablan en este libro y nos cuentan a través de sus palabras las sensaciones y experiencias vividas en la Gran Cordillera.

Gracias también a la gente de SOS Himalaya en Nepal, Mingma *Sherpa* y *Sherpa* Pasang, así como a María Climent que lleva todo el peso desde Madrid viajando cuando es necesario al Reino del Himalaya.

Y gracias a la editorial SUA que ha querido recordar con este libro al inolvidable Iñaki Ochoa de Olza cediendo los beneficios del mismo a su fundación SOS Himalaya.

Así que *eskerrik asko, gracias, gràcies, grazas, grazie, dhanyabad*; en todos los idiomas de la gente que ha intervenido en estas páginas.

# El legado de Iñaki en la vida de un sherpa y mucho más

por **Mingma Dorjee Sherpa**

**S**oy natural del distrito de Sankhuwasabha, en Nepal. Nací en Makalu-4, en la aldea de Naba en 1978. No pude recibir una buena educación. Fui a la escuela durante uno o dos años, luego lo tuve que dejar, y mis hermanos corrieron la misma suerte. Un tío mío, nacido y educado en Darjeeling, y su mujer me ofrecieron llevarme a Katmandú. Tenía entonces 12 años. Estudié y tras varios años y vicisitudes, conseguí trabajo en una agencia de *trekking*. Empecé como porteador; fueron unos inicios duros. Tenía que ir a las montañas, pero no tenía ropa de abrigo, ni calzado adecuado, ni calcetines térmicos o un saco de dormir. Ascendí a chico de cocina, pero yo aspiraba a ser *sherpa*.

Conocí a Iñaki alrededor de 1998. Al principio fui porteador en su grupo. Iñaki era el guía del grupo y el *trekking* era el Circuito del Annapurna en el que tomábamos parte cuatro porteadores y doce españoles. Entre los porteadores, yo era el que chapurreaba inglés, e incluso tras llevar la carga durante todo el día, por la tarde les ayudaba a preparar la comida y atendía sus necesidades.

A Iñaki le gustó mi trabajo y me dijo que siempre estaría en su grupo. En la siguiente expedición intentaron, con éxito, el Cho Oyu desde el lado tibetano. Todos estaban muy contentos. Hicimos varias montañas, como Manaslu, Dhaulgiri, Makalu... Pero no tuvo suerte en Kanchenjunga. Él hablaba de forma fluida el nepalí, era mejor que el nuestro.

Mientras estaba trabajando con Iñaki conocí a Jorge Egocheaga. Es muy buen médico, famoso alpinista y muy buena persona. Es sencillo y le gusta ayudar a otras personas, no trabaja solo por dinero. La primera vez que fui con Jorge fue en la expedición a Shisha Pangma, en el lado tibetano. Para mí, él es como mi hermano, lo llamo *dai*, palabra nepalesa para decir hermano mayor.

La otra persona que quiero recordar es María, responsable de coordinar los esfuerzos y actividades de SOS Himalaya en España. Nos conocimos en 2014.



SOS Himalaya fue el puente de conexión. Ella ha sido de gran ayuda para recaudar, administrar y controlar los fondos, y siempre estuvo involucrada en los programas de la organización. María es muy servicial, bondadosa, enérgica y muy activa. Su papel, junto con Jorge y otros miembros de SOS Himalaya, es crucial. Sé que María personalmente ha estado financiando la escolarización de seis niños necesitados. ¡Qué grande es eso! Es una muy buena persona y confiamos de todo corazón el uno en el otro.

## LA TRAGEDIA

Durante la expedición a la cara sur del Annapurna yo estaba en Pokhara para despedir a los porteadores y recibí una llamada que me informaba de que Iñaki había enfermado durante el ascenso y que estaba con un alpinista rumano llamado Horia en el campamento IV. Volví de inmediato. Hubo muchas personas involucradas en el rescate, como Ueli Steck, quien murió recientemente en una

# Proyecto de hospital en Makalu

**“QUIERO DEVOLVER A NEPAL UN POCO DE TODO LO BUENO QUE ME HA DADO DURANTE ESTOS AÑOS”**

Iñaki Ochoa de Olza

Iñaki era un profesional del deporte de alta montaña, un alpinista que quería dar a aquellas personas que habitan los valles del Himalaya (y que tanto le habían dado a él) accesibilidad económica para poder proveerles del derecho a la educación, sanidad y vida digna.

En la Fundación S.O.S. Himalaya-Iñaki Ochoa de Olza tenemos como guía los valores de Iñaki: libertad, honestidad, generosidad y humildad. Llevamos diez años batallando para sacar adelante varios proyectos de sanidad básica y ayuda a las escuelas. Luchamos día a día para ayudar a miles de personas y para propiciar que los niños tengan una vida digna en uno de los países más duros, pobres y de difícil acceso de este mundo. En 2015 y tras el terremoto que asoló a este país, la fundación priorizó la reconstrucción de casas y escuelas en el valle de Lantang y la región del Makalu. Descubrimos un edificio abandonado y nos contaron que una ONG nepalí había empezado a construir un hospital pero el proyecto quedó abandonado.

Hicimos el campamento en esta zona. Todas las personas que viven en estos valles deben de andar más de cuatro o cinco días para llegar a una ciudad donde coger un autobús que los lleve a Katmandú (eso en el caso de que tengan dinero para coger el autobús, muchos no pueden pagarse esto y menos la consulta médica...).

En Nepal la educación y la sanidad son privadas. Los campesinos que viven en las montañas (más del 70% de la población) son gente extremadamente humilde. Hay un índice de mortalidad infantil altísimo que se reduciría con una matrona en el parto. Hay infecciones urinarias e intestinales que, al no ser tratadas debidamente, derivan en enfermedades peligrosas. Muchos ancianos tienen cataratas, una afección de operación simple, que aquí relega a muchos a una ceguera segura. Un simple quirófano equipado sería suficiente. Muchas mujeres no tienen planificación familiar; no hay una atención primaria que pueda detectar cualquier problema grave de salud... Si alguien sufre un accidente, no hay un lugar de primeros auxilios...

Llevamos dos años colaborando con el médico y alpinista Jorge Egocheaga, instalando campamentos médicos en el valle del Makalu, dando cobertura básica a las gentes que lo habitan, y nos dimos cuenta de que podíamos continuar con la reconstrucción y puesta en marcha de este edificio que se encuentra en la aldea de Seduwa, pero daría servicio al valle, unos veinte pueblos; miles miles de personas tendrían un médico y atención primaria.



*Vista desde el Gokyo Ri del glaciar Ngozumpa, pueblo y los lagos Gokyo.*

Tenemos que abastecer de todo el equipo quirúrgico necesario y contar con dinero para pagar el sueldo de un médico, una enfermera y algún que otro auxiliar de clínica para que puedan llevarlo de forma adecuada y profesionalmente.

En una primera fase, priorizamos la finalización de las obras, el acondicionamiento interior y la contratación de personal sanitario local. Contemplamos el mantenimiento anual de estas infraestructuras así como un programa básico de educación sanitaria. El coste total de la primera fase asciende a unos 140.000 €.

En la segunda fase nos centraremos en ampliar y mantener las instalaciones: un quirófano, sala de rayos y laboratorio de análisis. Nos gustaría poder

dotar al hospital de un servicio de urgencias con otro equipo sanitario formado por un médico y una enfermera; y poner en marcha un plan de becas de estudio sanitario con el fin de que los propios jóvenes del valle retornen a trabajar al hospital cuando finalicen dichos estudios. Esta segunda fase asciende a un total de 94.000 €.

**“AL HIMALAYA NO SE VUELVE. CUANDO HAS VENIDO AQUÍ POR PRIMERA VEZ, ÉL SE QUEDA CONTIGO PARA SIEMPRE. HABITA EN TI COMO UNA COSTUMBRE, QUIZÁ COMO UN VIRUS, SIEMPRE COMO UNA NECESIDAD. PUEDES ESCAPAR A RATOS, HACIA CASA, PERO EL RESTO DEL TIEMPO TÚ LE PERTENECES.**

IÑAKI OCHOA DE OLZA

Necesitamos ayuda. Treinta y un montañeros profesionales nos han ofrecido sus relatos, los que conforman este libro que tienes en tus manos. Ellos conocen de primera mano cuál es la realidad del



valle de Makalu, del Himalaya, y saben lo importante que es sacar adelante la construcción de este hospital. Los derechos de autor quedan en manos de la fundación. Se lo agradecemos muchísimo, nosotros y todos los habitantes del valle de Makalu.

Y te agradecemos a ti, lector solidario, porque con la compra de este libro tú también formas parte de este gran proyecto. Si crees que no es suficiente y quieres aportar más, solo tienes que entrar en nuestra web, ¡allí te lo contamos todo!: [www.soshimalaya.org](http://www.soshimalaya.org).

*Via Lactea ye Himalayas en Nepal*

# MI HIMALAYA

**M**i Himalaya es inconexo. Ni siquiera me pertenece enteramente. Es la suma de experiencias e inexperiencia, de encuentros y despedidas, de sueños, ilusiones y desencantos. Ahora que mi Himalaya pertenece al pasado, relegado al olvido por el descubrimiento de otras montañas y por el demoledor paso del tiempo, puedo dudar incluso de su existencia, más allá de la descripción que merece en los atlas de geografía. Así que la cadena de montañas más fascinante del planeta existe para mí de una forma abstracta, apenas una suma de recuerdos dominados en primera instancia por la ilusión y, después, por un desencanto sordo pero insistente.

Si uno nace en un lugar rodeado de montañas, aunque sean cimas modestas como las que conforman la orografía del País Vasco, puede llegar a desear ir a su encuentro. O no. Mis hermanos, los amigos de la infancia, los de la adolescencia, los que me acompañaron en la universidad no ven nada especial en sus formas. Te llaman o no te llaman. Y como a mí me llamaron, enseguida quedé fascinado por las montañas más elevadas, por las que superaban los ocho mil metros. Ahora sé que más alto no significa más bello o más difícil. Ahora entiendo la diferencia entre caminar y escalar, entre el compromiso auténtico y los ejercicios con red. Entre una ruta desconocida y otra mil veces transitada. Pero tenía que verlo con mis ojos, pisarlo, abrazarlo. Pocas veces he sentido tanto deseo, tanta necesidad de salir al encuentro de las descripciones ofrecidas por la literatura de montaña. Leer es una actividad imprescindible que unos adoran y otros ignoran. Es una máquina de sueños que enciende las calderas de la mente, que alimenta pasiones, que enseña caminos. Por culpa de la lectura me vi forzado, casi obligado a conocer Katmandú, Rawalpindi, Askole, Namche Bazar, el Potala, Thiangboche... y, por supuesto, ver sus montañas: Cho Oyu, Ama Dablam, Pumori, Lhotse, Everest, K 2,



**ÓSCAR GOGORZA** (Irun, 1972). Periodista y guía de alta montaña. Durante diez años dirigió la revista Campobase y escribe para El País desde 1998. Como guía, es formador en la escuela de Kirolene adscrita al Gobierno Vasco. Su vida deportiva de escalada, alpinismo y esquí le ha llevado al Himalaya, Yosemite, Canadian Rockies, Alpes, Cáucaso, Nigeria, Noruega, Pirineos...

Chogolisa, los Gasherbrum, el Broad Peak, Nuptse... y tantas otras. Nada me parecía entonces más importante que viajar fuera de mi mundo para ir al encuentro de ese otro mundo, de esa otra vida. Y eso es algo que aún permanece, aunque mitigado por la costumbre. El día que supe que viajaría al Everest me sorprendí dando saltos en plena calle, ajeno a todo, lleno de una felicidad tan pura y sencilla que resulta difícil describir.

Un alpinista resulta interesante cuando trata de explicar qué le mueve a escalar, a extraerse de lo que denomino la “vida civil” para limitarse a una existencia básica de acción y espera, de movimiento y pausa en el que todo se reduce a mantenerse en pie para seguir subiendo y, más tarde, bajar. Por supuesto, existen montañeros que no desean explicarse, o que no saben hacerlo. Los hay que nunca se han planteado tales cuestiones, que no necesitan entender qué les lleva a ser lo que son. Todo esto es legítimo, pero si el montañismo es una actividad especial, incomprendida, diferente, tiene que ver con el empeño que algunos han puesto al describir las emociones que se derivan de su encuentro con las cimas. Explicar aquello con pinta de absurdo siempre me ha parecido un ejercicio tan saludable como inspirador.

## LA SOLEDAD

Durante diez días completos, con sus noches, no vi a un ser humano. Al margen de mis enseres, de la tienda de campaña y del mapa que analizaba y exprimía esperando incluso que llegase a hablarme, mi universo era un amalgama de roca, hielo y nieve bajo un cielo cambiante. La incertidumbre y el miedo dominaban todos mis movimientos y pensamientos, pero apenas contenían la ilusión (¿estúpida?) de seguir avanzando. Estaba plantado en una minúscula playa en mitad de la morrena glaciar más incómoda que había conocido. Los porteadores nos habían dejado tirados en plena nada y mi compañero de cuerda había decidido que estaría mejor en la última aldea. Estábamos en Nepal, muy cerca de la frontera con el Tíbet. Lo cierto es que nuestra falta de experiencia y criterio era descomunal y si estábamos así era porque habíamos tenido que improvisar un cambio de objetivo sobre la marcha: no había forma de pasar el río que nos separaba de la montaña deseada, así que con el mapa y una foto decidimos cambiar de montaña. Como quien cambia de camisa. Mi compañero, más lúcido o menos cabezota se bajó de un proyecto que carecía de andamiaje suficiente (nada de información, ni idea de la ruta, un espacio en blanco en la casilla que marca los peligros objetivos y la dificultad técnica...). Pero yo seguí, sin que me costase tomar tan

drástica decisión. Sencillamente no podía no intentarlo. Intentarlo era a esas alturas mucho más importante que cualquier otra cosa. Y si obviamos (con mucha buena voluntad) lo desacertado de la decisión, aquella fue una de las experiencias más estimulantes que recuerdo. Descubrí que necesito ciertas dosis de soledad.

La rutina cotidiana pasaba por resolver varios problemas logísticos, a saber cómo transportar todo el equipo necesario hasta los mismos pies de la montaña salvando un mar de bloques de piedra amontonados sin sentido sobre el glaciar. También tendría que racionar la comida mientras que el agua no era un problema: encontraba charcos de agua de glaciar con relativa facilidad. En la práctica, se trataba de saltar de roca en roca cargado varias horas con una mochila de 25 kilos de peso. Era la estrategia de la hormiga y me llevaría días acarrear lo necesario, señalando el camino para no perderme y preguntándome constantemente qué sentido tenía aquello. Para colmo, a los diez segundos de cargar con el primer porteo, un bloque basculó bajo mi peso y caí como un enorme fardo. El médico me diría, un mes más tarde, que me fracturé uno de los metacarpianos de mi mano derecha. Una sobredosis de antiinflamatorios me permitió seguir como si nada. Entendí de esta manera que, cuando uno se enfrenta a un reto en montaña, desear algo de forma intensa es tan importante como estar capacitado para ello.

Anocheceía enseguida y las horas en la tienda se hacían infinitas. Una vez hecha la cena (invariablemente, arroz), hervida el agua y consumida en infusiones o con leche en polvo y, a veces, café, me entregaba a mis tareas: escudriñar el mapa hasta que mis ojos agotados dejaban de enfocar. Estaba obsesionado con las grietas que se dibujaban al final de la morrena, en las primeras estribaciones de la montaña. No quería ni imaginar las consecuencias de una caída en una de ellas. La idea simplemente me espantaba. Pero no tenía con quién encordarme y lo echaba en falta dolorosamente. Si nevaba, me echaba a temblar imaginando que la nieve fresca



*Cruzando el glaciar Gokyo en el valle Khumbu de camino al campo base de Everest.*

taparía las grietas, pensamiento que me sacaba de quicio. Mientras, trataba de imaginar algún método que me permitiese minimizar los riesgos del glaciar. Disponía de cuatro estacas de nieve, así que se me ocurrió que podía usarlas como anclajes fijos a los que atarme: enterraría una atándole un extremo de la cuerda mientras me encordaba al otro. Después, avanzaría suplicando que el suelo no desapareciese bajo mis pies... según dónde cayese, podía caer toda la longitud de la cuerda, es decir sesenta

metros. Si no caía, debería clavar otra estaca, anclar mi extremo de la cuerda, colocar un *machard* en la misma, desandar esos sesenta metros, recuperar la estaca y volver a empezar. Era una opción. Lenta, peregrina, desesperada, pero llegó a parecerme razonable. Eso sí, podía costarme horas dejar atrás la parte más abierta del glaciar.

La segunda opción que se me ocurrió era, por así decirlo, cómica. La idea original la copié de un relato escrito por el alpinista-escritor Jon Krakauer, traumatizado también ante la idea de cruzar un glaciar de camino a una ascensión en solitario. Al norteamericano se le ocurrió sustraer del baño de su alojamiento la barra de la que colgaba la cortina de la ducha. Después, la cortó por la mitad y formó con las partes resultantes una cruz que ató fuertemente a la parte superior de su mochila. Su ilusión pasaba por que la improvisada antena que ahora lucía sobre su cabeza actuase a modo de ancla en el caso de que cayese en una grieta. Esa misma noche confeccioné un artefacto similar uniendo dos sólidas estacas: mejor esto que una barra de ducha. Cuando desperté a la mañana siguiente, lo primero que vi al salir de la tienda fue una cruz formada por dos estacas. Me pareció que estaba viendo mi propia tumba, así que sin orinar siquiera me apresuré en deshacer la cruz.

Porteo va, porteo viene, logré acercarme al glaciar. No existía un sendero, sino que para cada viaje dibujaba un eslabón de roca en roca: no caminaba, saltaba tratando de no perder el equilibrio y atento a los hitos que había dispuesto con paciencia para no perderme en mis idas y venidas. De momento, poco más tenía que hacer que acarrear lo necesario de un sitio a otro. Para entonces, me había leído ya seis veces el único libro (extrafino) que llevaba y sabía de memoria el número de grietas dibujadas en el mapa, dato inocuo, sobra decirlo. Por las noches, los desprendimientos de roca me sobresaltaban, y confundía su estruendo con voces que gritaban algo que a veces parecía mi nombre y otras unas frases inconexas. Oía voces... preocupante.

Seguía sin saber cómo negociar el asunto de las grietas, pero cuando al fin puse un pie fuera de la morrena comprobé que las grietas asomaban a simple vista, como en los Alpes en verano, y tomé la decisión de recorrerlo a pelo con los piolets técnicos en las manos.

No tenía información alguna acerca del discurrir de la ruta, abierta por una expedición japonesa en 1981. Así que tras sopesar varias posibilidades escogí la que en apariencia parecía más lógica y sencilla. La montaña, de 7.200 metros, no presentaba dificultades de inicio así que avancé con rapidez y sin peso hasta los 6.500 metros. No llegaría más lejos. Una imponente barrera de *seracs* (formaciones de hielo) cerraban mi camino. Recorrí el muro helado de izquierda a derecha y de derecha a izquierda sin encontrar un resquicio. Si quería pasar, debería escalar un muro de quince metros sin asegurarme. No me costó nada reconocer que mi ambición había menguado hasta convertirse en un pigmeo que se escondía en la parte sabia de mi cerebro. Sencillamente, no deseaba arriesgarme tanto, no que-

ría sufrir un accidente y quedarme allí. Sentimientos y pensamientos contradictorios empezaron a chocar en mi cabeza, voces que me llamaban tanto cobarde como prudente. Recordé una frase de mi padre: "El monte siempre va a estar ahí", y me dije (como Herzog) que esperaba que hubiese otras montañas en mi vida. Mi nivel técnico era de lo más discreto por aquel entonces y era consciente de que había llegado mucho más lejos de lo imaginado. Así que saqué unas fotografías, giré los crampones y empecé a descender con una sonrisa en los labios.

## INVIERNO

Pagamos por el servicio de porteadores, por el de cocineros y ayudantes de cocina, hombres y mujeres que nos permiten llegar al pie de las montañas y que nos acompañan durante las interminables horas de espera en el campo base. Los extranjeros, turistas aunque vayamos disfrazados de alpinistas, pasamos y nos alejamos sin dejar más huella que la de nuestro consumo. Sí, nuestro dinero ayuda a unos pocos pero nunca sabremos si mejoramos siquiera mínimamente su calidad de vida. Tampoco sabemos qué opinan del choque de culturas al que asisten entre aburridos y displicentes, ni con qué ojos miran nuestra forma de entender la vida. Resulta difícil hablar de calidad de vida cuando uno se refiere a un ser humano que se gana la vida portando sobre sus riñones veinticinco kilos de material de montaña. O cocinando sin descanso cuatro meses al año en un lugar inhóspito. O jugándose el pellejo para colocar cuerdas fijas y hacer de niñera de occidentales empeñados en escalar una montaña. Quizá solo contaminamos su jardín.

Cuando uno acude al Himalaya con un objetivo de montaña en la mente corre el riesgo de perderse todo lo que no tiene que ver la motivación principal: a la hora del aterrizaje las ansias de alcanzar el campo base nos devoran, y una vez concluida la expedición volvemos a recordar la vida en casa y solo pensamos en regresar cuanto antes. Por más que viajase a Pakistán o a Nepal siempre regresaba con la sensación de que la obsesión de tal o cual objetivo no me había dejado empaparme de la realidad social y cultural del país. Iba, volvía, pero mis viajes, más allá del contacto con las montañas, resultaban epidérmicos. Eran los viajes del egoísmo, puro consumismo de montaña y ni siquiera me consolaba el hecho cierto de que hacía todos los esfuerzos imaginables por conversar con porteadores, cocineros, dueños de los albergues que descubríamos en las marchas de aproximación... eso no bastaba y era algo que pesaba en mi conciencia. Me estaba perdiendo algo, quizá lo esencial.

Sufrí un grave accidente de escalada. Ahora que había renunciado a las alturas del Himalaya llevaba años poseído por el mundo vertical: adoraba escalar en roca, en hielo, en montaña, donde fuese. Fue un milagro que sobreviviese al accidente, y mientras celebraba en una pizzería el hecho de estar vivo, Eneko

Pou me propuso incorporarme a un proyecto que me entusiasmó: formar a los porteadores de altura del valle de Shimshal, un lugar remoto de las montañas de Pakistán muy próximo al célebre valle de Hunza. Acompañaría a Eneko, al italiano Hervé Barmassé, al norteamericano Kris Ericsson y al médico especializado en rescate en montaña en el valle de Aosta, Mateo Cavana, en una experiencia auspiciada por Simone Moro. Me encantaba la idea de dar algo de mí mismo, sin egoísmo esta vez. Dar por el hecho de dar, porque sí, poner mi minúsculo grano de arena como guía de alta montaña. Nuestro enlace en Shimshal era Qudrat Alí, que había pasado dos inviernos en el Broad Peak junto a Simone Moro. Nuestros alumnos eran jóvenes, y para nuestra enorme sorpresa no eran exclusivamente masculinos. La novedad, en un país musulmán, resultaba estimulante. Eso sí, solo podíamos enseñar a chicos y chicas por separado porque no podía haber mezcla entre alumnos.

Disponíamos de mucho tiempo libre y conversamos durante horas con los lugareños tratando de entender sus códigos morales, religiosos, éticos y su forma de vida. No sé si lo logramos, pero el proceso resultó apasionante.

El primer día auténtico de descanso decidimos probar a escalar una impresionante cascada de hielo que dominaba la aldea. Se había formado en mitad de una pared de tierra reseca y roca y como ese año apenas había nevado, la formación de hielo parecía irreal, una cortina blanca en mitad de un enorme muro ocre. Nadie la había escalado aún, así que en la aldea las expectativas eran enormes y cuando nos plantamos al pie del primer resalte, el público se agolpaba ya en los límites de la aldea. El sol acompañaba quizá por vez primera y mientras desplegábamos cuerdas y nos equipábamos llegamos a olvidar brevemente la gélida temperatura que nos envolvía. Sin prisas, fuimos escalando las sucesivas cortinas de hielo que conformaban la línea y casi sin darnos cuenta alcanzamos una plataforma de roca de la que partía el último resalte helado, una cortina que en su base presentaba unos treinta metros de anchura y se estrechaba paulatinamente hasta quedar en un hilo helado de unos dos metros de ancho. Apenas nos quedaban cincuenta metros verticales para completar la ascensión y Hervé atacó la dificultad por la izquierda, bastante pegado a la pared de roca. Aproveché para asegurarle a cubierto de los proyectiles de hielo que lanzaba bajo un pequeño techo de roca. Eneko se colocó a mi lado mientras Kris y su cámara de fotos buscaron el lado opuesto para lograr el mejor tiro. Disfrutábamos de la luminosidad del día, sintiéndonos privilegiados por el hecho de estar allí y no en ningún otro lugar. Era mi primer día de escalada tras el accidente y dejando a un lado el miedo, la torpeza y la falta de fuerza, sonreía.

La caída de un bloque de piedra nos cambió la cara. Hervé gritó, pero no se había caído porque la cuerda que pasaba por mis manos y por el aparato asegurador no se había destensado. Asomé la cabeza y pude verle a unos veinticinco metros

de distancia. Volví a refugiarme. Nos preguntábamos de dónde habría salido el bloque de roca cuando Hervé volvió a gritar más fuerte: nos advertía de una nueva lluvia de roca. Fue como ver las primeras gotas de una tormenta de verano desde el cristal de un coche: primero cayeron cuatro bloques como macetas, enseguida dos más y en un abrir y cerrar de ojos caían auténticas moles de piedra. Eneko y yo estábamos a salvo, pero no así Kris al que ahora veía correr con la cámara en alto mientras los bloques caían a su alrededor. Parecía una escena de guerra. Fue un milagro que no muriese aplastado allí mismo. A Hervé le salvó un pequeño desplome de roca. El desprendimiento de rocas se produjo justo encima de donde acababa la cascada, cuyo desplome final canalizó al aire la masa de bloques, lo suficiente para que cayesen sin llegar a tocar el hielo ni siquiera rozar a Hervé.

La escena no superó los tres minutos y cuando dejaron de llover misiles descolgué de un tornillo al italiano. Casi no podíamos hablar: jurábamos, todavía asustados e incrédulos. ¿Cómo era posible que se hubiese desencadenado semejante desprendimiento? ¿No podía habernos alertado Qudrat Alí ante semejante posibilidad? Por supuesto, todo el pueblo fue testigo del incidente. Qudrat Alí había perdido el color cuando regresamos: juraba y perjuraba que jamás en la vida había visto nada semejante. Sabíamos que no mentía, que su sorpresa y terror era tan genuino como el nuestro.

Salimos a la carrera, suplicando para que no hubiese más sustos. Descendiendo hacia la aldea, Kris me confesó que esa noche había visto en sueños a su hijo pequeño pidiéndole por favor que no escalase la cascada de hielo, que podía morir si lo intentaba.

## DESPEDIDA

Despedirme para siempre de las grandes montañas del Himalaya no fue difícil. De hecho, fue rápido y menos doloroso de lo que hubiese imaginado: como si de una señal del más allá se tratase, mi petate nunca llegó al campo base del Nanga Parbat, así que una vez devolví a sus dueños el préstamo de crampones, botas, piolet, ropa, saco... mi mochila apenas pesaba nada. Ya no pintaba nada allí y cuanto antes dejase atrás todo ese mundo más pronto regresaría al mío. Apenas unas horas antes estaba colgado a 6.200 metros, confiado y tranquilo en una tienda justo unos metros por encima del Muro Kinshofer...

Iñaki Ochoa de Olza, Gerlinde Kaltenbrunner, Ed Viesturs, Simone Moro, Jean Christophe Lafaille, Dennis Urubko, Maxut Zumayev (y otros cuatro grandes alpinistas kazajos), Mirco (un campeón de esquí de montaña), Andrea (guía de montaña también italiano)... y yo. Podrán adivinar sin esfuerzo quién desentonaba en la fiesta anual del Nanga Parbat. El ambiente era fantástico y en las reuniones en torno a la mesa reíamos con ganas. Son las personas adecuadas

quienes engrandecen los mejores viajes, y es eso mismo lo que añoro. No sus montañas imponentes.

La impaciencia que me caracteriza vivía su contrapunto en estos lugares. Enseguida asumí sin problemas que en un campo base hay muy pocos días de acción y muchísimos de inactividad, horas muertas que disfrutaba en soledad o en compañía, enfrascado en la lectura, en conversaciones o en sestear. Me daba igual. Era otra vida. Como vivir dos vidas en paralelo, dos vidas conectadas que, sin embargo, nunca llegarían a rozarse.

Equipamos sin problemas el famoso muro Kinshofer, un terreno mixto vertical de unos cien metros de altura plagado de cuerdas fijas antiguas, trozos de escalinata y pitones dudosos. Lo más difícil era escoger a qué cuerda vieja anclarse para colocar la nuestra. Así que nos anclamos a las dos que mejor pinta ofrecían. Con la ruta hasta los 6.200 metros equipada tocaba pasar allí una noche y progresar al día siguiente hasta los 7.000 metros. Pero primero regresamos al campo base, un lugar único, plantado sobre una moqueta de hierba a 4.200 metros. Era el año 2003 y era mi séptima expedición desde que descubrí el Himalaya en 1999. En el 80 % de las mismas, el mal de altura, la incapacidad de aclimatar correctamente, me había dejado fuera de juego. Era la sensación más frustrante que había conocido jamás. Había probado todo tipo de recursos, incluso farmacológicos, pero tarde o temprano el insomnio crónico, los dolores horribles de cabeza, las vomitonas y una debilidad que me consumía me dejaban tirado en la cuneta. Pero no perdía la esperanza, aferrado a falsas esperanzas que yo mismo me regalaba.

Esta vez, me encontraba bien. Inopinadamente bien. No me sentía tan cómodo como en el Pirineo, pero tampoco me agotaba con las labores básicas, como ir al baño, por ejemplo. Había pasado por el campo avanzado varias veces, y todos nos considerábamos aclimatados a su altura, 4.850 metros. Con esto, salimos para dormir a 6.200 metros: Simone Moro y sus dos amigos italianos, Iñaki Ochoa de Olza, Ed Viesturs, Jean Christophe Lafaille y yo. Superamos dos mil metros de desnivel en unas seis horas y nos costó dos horas más picar en el hielo unas plataformas decentes donde plantar las tiendas. Estaba a punto de anochecer cuando Iñaki y yo nos metimos en la nuestra. Iñaki cantaba los grandes éxitos de Barricada y yo me encontraba en plena forma y feliz: era una novedad estar tan bien en esa cota, y solo eso me llenaba de gratitud y optimismo. Incluso comí con cierto apetito unos trozos de carne seca que nos tendió Viesturs. Bebí todo lo que pude y me recosté. Vi llegar la oscuridad y los primeros copos de nieve. Con ellos llegó un violento dolor de cabeza. Me incorporé y sentí las primeras arcadas. Abrí la tienda y vomité violentamente... una, dos y tres veces. Empecé a moverme con pesadez y enseguida supe que estaba sufriendo signos evidentes de un principio de edema cerebral. Me separaban unas doce horas del amanecer

y temí no ser capaz, tras la espera, de rapelar el muro Kinshofer sin ayuda. Cabía la posibilidad de que ni siquiera pudiese hacer nada por mí mismo. “Me bajo, Iñaki”. “Noooo joooodas”, respondió. Pero yo ya estaba peleando con los crampones y rehaciendo la mochila de forma lenta y confusa.

Me costó un triunfo organizarme, colocar la frontal en el casco, vestirme, ponerme el arnés... y cuando al fin salí de la tienda a la noche, dos frontales me iluminaban: Iñaki y Simone. Protesté, les pedí que no bajasen, argumenté, pero no me escucharon. Ahora nevaba con fuerza y enseguida entendí que íbamos a pasar miedo. Estaba tan destrozado que el miedo no me decía nada, pero no deseaba que Iñaki y Simone sufriesen la tensión de rapelar mil metros de desnivel sacudidos por constantes purgas de nieve que pronto podrían mutar en aludes. Pasé mi asegurador por la cuerda, me asomé al vacío y mi frontal salió



*Los picos de la Catedral de Passu, carretera del Karakórum, en el valle superior de Hunza.*